

Pelícano

Revista de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Católica de Córdoba

EL ASALTO DE LO IMPENSADO (artículos)

Madrid se canta en Joaquín Sabina

Cecilia Malik de Tchara

Los efectos de cometer un error: un ejemplo desde el Quijote de Schütz

Carlos Germán Juliao Vargas

La leyenda Boturini. Lorenzo Boturini Benaduci en la historiografía

Miguel Ángel Cerón Ruiz

Pelícano

Revista de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Católica de Córdoba

Director

Dr. José Daniel López, S. J., Universidad Católica de Córdoba, Argentina

Editora

Dra. Karina Clissa, Universidad Católica de Córdoba, Argentina

Comité Editorial

Dra. Valeria Secchi (Filosofía) Universidad Católica de Córdoba, Argentina

Dr. Claudio Viale (Filosofía) Universidad Católica de Córdoba, Argentina

Mgter. Emilio Moyano (Letras) Universidad Católica de Córdoba, Argentina

Dr. Gabriel Garnero (Historia) Universidad Católica de Córdoba, Argentina

Comité Científico Internacional

Dra. Nancy Bedford, Garrett-Evangelical Theological Seminary, USA; e Instituto Universitario ISEDET, Argentina

Dra. Susana Frías, Miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia, Miembro de Número Académico del Instituto Nacional Browniano, Argentina

Dra. Adela Salas, Universidad del Salvador, Argentina

Lic. Sofía Isabel Luzuriaga Jaramillo, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Ecuador

Dr. Ivo Ibri, Pontificia Universidad Católica de São Paulo, Brasil

Dr. Horacio Cerutti, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Mtro. Miguel Ángel Cerón Ruiz, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Dr. Carlos Schickendantz, Universidad Alberto Hurtado, Chile

Dr. Martín Morales, Pontificia Universidad Gregoriana, Italia

Dr. Carlos Domínguez Morano, Facultad de Teología de Granada, España

Dr. Daniel Kalpokas, Universidad Nacional de Córdoba, CONICET, Argentina

Dr. Diego Fonti, CONICET, Universidad Católica de Córdoba, Argentina

Dr. Marcelo González, Universidad Nacional de San Martín, Argentina

Dr. Carlos Mateo Martínez Ruiz, Universidad Católica de Córdoba, Argentina

Dr. Michael Löwy, Directeur de Recherche émérite du CNRS, Francia

Comité Académico (2016-2022)

Dr. Gustavo Ortíz (+), CONICET, Universidad Católica de Córdoba, Argentina

Dra. Lila Perrén (+), Universidad Católica de Córdoba, Argentina

Dr. Eugenio Rubiolo, Universidad Católica de Córdoba, Argentina

Dr. Aaron Saal, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Dra. Beatriz Moreyra, CONICET, Universidad Nacional de Córdoba - Universidad Católica de Córdoba, Argentina

Orientaciones para la presentación de trabajos

Esta revista de la Universidad Católica de Córdoba es una publicación periódica anual de artículos de investigación científica, originales y de revisión, sobre temáticas de Historia, Psicología, Filosofía, Letras y Ciencias de las Religiones, escritos por investigadores de la propia institución y externos a ella.

Pelícano es una revista plural que sólo exige calidad científica, para lo cual se vale de un sistema de arbitraje basado en dos evaluaciones con reserva de identidad de los autores y evaluadores, estos últimos integrantes del Comité Editorial de la Revista y especialistas externos convocados al efecto.

El Consejo de Redacción de la Revista aceptará artículos originales e inéditos con pedido de publicación en idioma español, inglés y portugués.

El envío de los artículos puede hacerse durante todo el año, más allá de las convocatorias periódicas que se efectúen y deberán ajustarse a las Instrucciones para los autores.

Las contribuciones que se recepten podrán obedecer a la siguiente estructura interna de la publicación:

1) **El vuelo del Pelícano:** sección en la que se puede participar sólo por invitación o pedido expreso de la Revista Pelícano. Consiste en un Dossier con artículos (hasta siete) originales que debaten en torno a un tema o eje temático común, y que persiguen objetivos similares entre sí. Estarán supervisados por uno o dos coordinadores como máximo, quienes escribirán una “presentación general” de la propuesta, que rescate los principales aportes individuales.

2) **El asalto de lo impensado:** de participación libre. Consiste en artículos de revisión e investigación científica que exponen, de manera exhaustiva, los resultados originales de proyectos de investigación individuales o colectivos. Abarca también las investigaciones que analizan, sistematizan e integran los resultados de investigaciones publicadas o no publicadas, sobre un campo de las ciencias sociales, humanas y/o teorías y desarrollos conceptuales en el ámbito de la

filosofía, psicología, las ciencias de las religiones, la historia y la literatura, con el fin de dar cuenta de los marcos teórico-epistemológicos, metodologías y estados de las investigaciones en cuestión. Se caracteriza por presentar una cuidadosa revisión bibliográfica y por su rigor teórico y metodológico. Además por la argumentación reflexiva y crítica sobre nuevos problemas teóricos y prácticos.

3) **Las formas de la memoria:** de participación libre. Ocasionalmente, Pelicano publicará traducciones de documentos relevantes para el estudio de las Humanidades, como así también entrevistas a personalidades destacadas en dichas disciplinas. Como también artículos y/o trabajos en homenaje a algún autor o personalidad destacada.

4) **Nuevas narraciones:** de participación libre. Consiste en comentarios bibliográficos breves en la que se presentan los aportes científicos de un libro de reciente aparición en el mercado editorial (hasta cuatro años). No se atiende solamente al contenido, sino a una revisión crítica y contextual de su contenido.

ÍNDICE

EL ASALTO DE LO IMPENSADO (artículos)

Madrid se canta en Joaquín Sabina

(pp. 7- 43)

Cecilia Malik de Tchara

Los efectos de cometer un error:
un ejemplo desde el Quijote de Schütz

(pp. 44-70)

Carlos Germán Juliao Vargas

La leyenda Boturini.

(pp. 71-112)

Lorenzo Boturini Benaduci en la historiografía

Miguel Ángel Cerón Ruiz





La leyenda Boturini¹.

Lorenzo Boturini Benaduci en la historiografía

The Boturini legend. Lorenzo Boturini Benaduci in historiography

Miguel Ángel Cerón Ruiz²

Para el doctor Enrique González González,
generoso maestro y amigo.

Resumen

La historiografía le ha atribuido al aventurero italiano Lorenzo Boturini Benaduci una ascendencia noble, el conocimiento de varias lenguas indias y el dominio del

¹ Una primera versión se presentó como primer capítulo de la tesis de maestría “Los diez quadernos de apuntes en la leyenda Lorenzo Boturini Benaduci”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2022.

² Profesor de Paleografía e Historia Novohispana en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, Universidad Nacional Autónoma de México, y fundador del Seminario Permanente de Paleografía y Diplomática de la misma facultad.  ORCID: 0009-0008-8828-6301 / Correo electrónico: miguelangel88cr@gmail.com



Artículo publicado bajo Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0. © Universidad Católica de Córdoba.

Recibido: 15/11/2024 - Aceptado: 26/12/2024

Revista Pelicano Vol. 10 (2024) Publicado en diciembre 2024

ISSN 2469-0775 - Universidad Católica de Córdoba

Página 71

náhuatl. Algunos estudiosos dicen que fue un sabio, autor de gran literatura y alto talento, y el primer investigador de las apariciones del Tepeyac, quien habría integrado una colección de antiguallas con más de trescientos códices indios. A lo largo de este estudio se evaluarán algunos testimonios historiográficos y documentales para determinar si lo que tenemos hasta nuestros días es una biografía creíble y razonable del viajero italiano o si se trata, por el contrario, de una semblanza romántica, exagerada y ficticia.

Palabras clave: Lorenzo Boturini, historiografía, Museo Histórico Indiano

Abstract

Historiography has attributed to the Italian adventurer Lorenzo Boturini Benaduci a noble ancestry, the knowledge of several Indian languages and the mastery of Nahuatl. Some scholars say that he was a wise man, author of great literature and great talent, and the first researcher of the Tepeyac apparitions, who put together a collection of antiquities with more than three hundred Indian codices. Throughout this study, some historiographic and documentary testimonies will be evaluated to determine whether what we have to this day is a credible and reasonable biography of the Italian traveler or if it is, on the contrary, a romantic, exaggerated and fictitious portrait.

Keywords: Lorenzo Boturini, historiography, Indian Historical Museum

Resumo

A historiografia atribui ao aventureiro italiano Lorenzo Boturini Benaduci uma ascendência nobre, o conhecimento de várias línguas indígenas e o domínio do Nahuatl. Alguns estudiosos afirmam que se tratava de um erudito, autor de grande literatura e elevado talento, e o primeiro investigador das aparições de Tepeyac, que teria integrado uma coleção de antiguidades com mais de 300 códices indígenas. Ao longo deste estudo, serão avaliados alguns testemunhos

historiográficos e documentais para determinar se o que temos até hoje é uma biografia credível e razoável do viajante italiano ou se, pelo contrário, é um retrato romântico, exagerado e fictício.

Palavras-chave: Lorenzo Boturini, historiografia, Museu Histórico Indiano

De entre los viajeros que llegaron a estas tierras cuando se nombraban la Nueva España, sobresale de manera notable la figura de Lorenzo Boturini Benaduci, erudito sondriense,³ hoy recordado por su aparente extremada devoción hacia María de Guadalupe del Tepeyac, por haber reunido en poco menos de ocho años una interesante colección de documentos históricos, y por haber escrito la *Idea de una Nueva Historia General de la América Septentrional* y, poco después, una *Historia General de la América Septentrional*, inspirado en los principios de la *Scienza Nuova* del napolitano Juan Bautista Vico. Don Lorenzo llegó a la Nueva España a finales de 1735 y se propuso escribir la historia de la Virgen de Guadalupe de México. Para ello, se dedicó entre 1736 y 1743 a recopilar los testimonios documentales de aquel portento, aunque en el camino fue coleccionando también papeles relacionados con el pasado precortesiano, como crónicas y códices. Todo ese conjunto de documentos es conocido con el nombre de *Museo histórico indiano*. En 1742, Boturini se aventuró en el proyecto de coronar solemnemente a la virgen del Tepeyac y para ello escribió personalmente al cabildo vaticano. Ya con el visto bueno de Roma, el italiano se dedicó a reunir fondos, oro y piedras preciosas para la fabricación de la corona. A la llegada del nuevo virrey de Nueva España, Pedro Cebrián y Agustín, conde de Fuenclara,

³ La mayoría de los autores dan a Boturini el gentilicio de “milanés”, no porque hubiese nacido en la ciudad de Milán, sino porque la villa de Sondrio, en la que nació, en 1698, pertenecía al ducado de Milán. Pese a ello, también me parece apropiado llamarlo “sondriense”, término con el que se designa a los oriundos de la provincia y villa de Sondrio; aunque también adecuado nombrarlo “valtellinense”, pues la Valtellina es uno de los valles más importantes de la provincia de Sondrio, donde se encuentra la población en la que nació don Lorenzo. Evidentemente también es válido denominarlo “italiano” o “lombardo”, pues así se entiende como procedente de esa península o de aquella región italiana.

don Lorenzo fue encarcelado y procesado, acusado, entre otras cosas, de haber llegado ilegalmente al virreinato, de obtener documentos de la Santa Sede sin el visto bueno del Consejo de Indias, y de promover una coronación sin autorización alguna. Deportado a la Península, el sondriense pasó el resto de sus días pidiendo que se le devolviera su colección y escribiendo las obras que le darían fama.

Pues bien, cualquiera que se acerque a las fuentes documentales, en las cuales se cuenta la vida y obra del valtellinense, no dejará de sorprenderse por un hecho evidente y curioso, que la mayor parte de esa información procede de una misma pluma, la de Boturini. Efectivamente, un alto porcentaje de lo que de él sabemos proviene de la documentación redactada por su propia mano, como lo son cartas y memoriales. Otras fuentes brindan escasa información complementaria y, con todo ello, apenas se puede bosquejar la vida novelesca de aquel gentil hombre que solía llamarse *señor de la Torre y de Hono*. Pero ¿se puede confiar en este personaje cuando sabemos que las letras que refieren su vida las redactó él mismo, en la prisión, con la evidente intención de justificar su conducta ante el gobierno virreinal? Ya se había señalado, en la primera mitad del siglo pasado, que el coleccionista había hecho en varios escritos “una pintura dolorosa” de su estancia en la cárcel, tal vez como resultado del “tratamiento vejatorio que se le dio” (Torre, 1936, p. 11). Naturalmente, las circunstancias nos sugieren considerar los hechos con prudencia, ya que “es un lugar común en las biografías de Lorenzo Boturini Benaduci el recuento de los indecibles trabajos que padeciera” (Escamilla, 2008, p. 129). Tal es así, que un agudo historiador de nuestro tiempo ha responsabilizado de ello al propio viajero, pues, desde su punto de vista, el caballero lombardo “gustaba de pintar con dramáticos colores sus andanzas” por la Nueva España (Escamilla, 2008, p. 129). Así, por ejemplo, don Lorenzo le contó a Mariano Fernández de Echeverría y Veytia que, una vez estando en busca de documentos para su colección:

se mantuvo ocho días enteros con chirimoyas, en otras con tortillas de maíz duras, y en otras con sólo maíz tostado; albergándose en

las infelices chozas y tugurias de los indios, y no pocas veces con temor y peligro de la vida, porque desconfiados ellos de su intención sospechaban que ésta fuese de robarles o hacerles otros perjuicios (Echeverría, 2000, p. 311).

En otro momento, el mismo coleccionista, en la presentación de su *Idea de una Nueva Historia General de la América Septentrional*, escribió que:

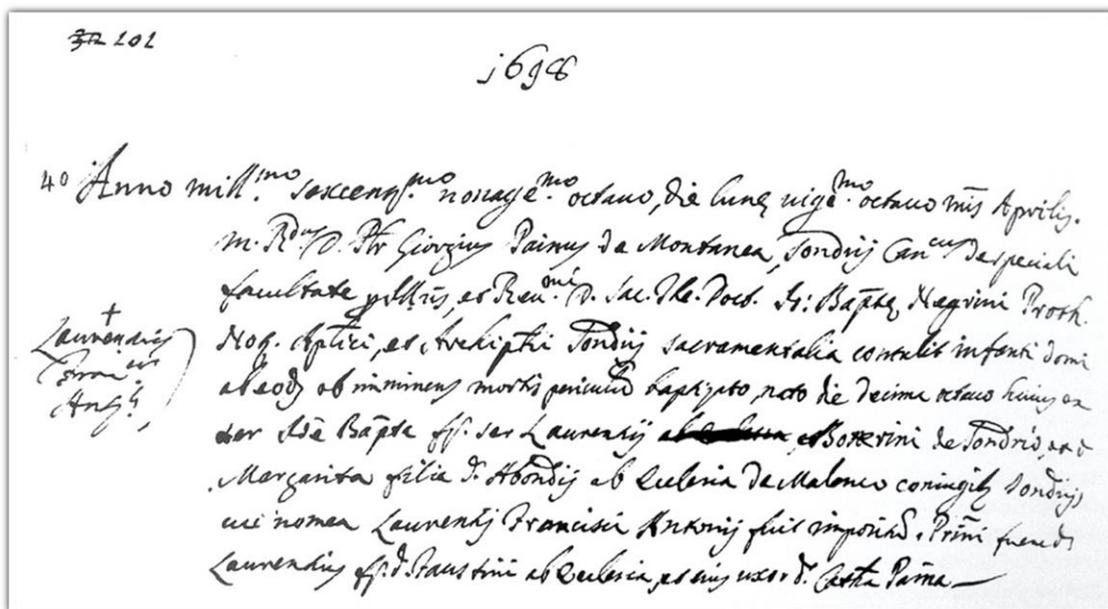
La misma historia de la Gentilidad, que estaba para expirar, clamaba por sujeto, que la sacase del túmulo del olvido. No tardó mi propensión a pensar en lo uno, y en lo otro, y aunque parecía a muchos imposible la empresa, fiado yo de la asistencia del Altísimo, que nunca falta a quien tiene buena intención, eché el pecho al agua, y expuesto a las inclemencias del Cielo, y à otras infinitas incomodidades, caminé largas tierras, y muchas veces sin encontrar albergue, hasta que con ocho años de incesante tesón, y de crecidísimos gastos, tuve la dicha, que ninguno puede contar, de haber conseguido un Museo de cosas tan preciosas en ambas Historias, Eclesiástica, y Profana, que se puede tener por otro de los más ricos tesoros de las Indias (Boturini, 1974, p. 5).

Así, con el hilo proporcionado por esta clase de lastimeras narraciones, los historiadores fueron tejiendo una biografía de Boturini, que no es otra sino “la que el mismo don Lorenzo buscó construir a la medida de sus intereses”, y es la que prevalece hasta nuestros días (Escamilla, 2008, p. 130). Efectivamente, diversos historiógrafos han redactado semblanzas sucintas, basadas en lo que el italiano escribió de sí y de sus andanzas en la Nueva España, aunque otros han aderezado sus trabajos con una prosa florida para llenar con su imaginación los vacíos que han dejado las fuentes documentales.

I. Su nombre de pila fue Lorenzo Boturini Benaduci y tenía ascendencia noble

El 28 de septiembre de 1742, se presentó ante el alcalde del crimen de la Audiencia de México un viajero que dijo llamarse Lorenzo Boturini Benaduci, quien manifestó haber nacido en la villa de Sondrio, en Italia. Para respaldar su dicho, el declarante presentó un expediente en el que constaba su fe de bautismo, el testimonio de ciertos testigos y otras diligencias que probaban su “estado soltero y libre de todo vínculo de casamiento”, instrumento jurídico legalizado por el nuncio de la Santa Sede en Viena y por el vicario general de dicha ciudad en 1734 (Ballesteros, 1946, pp. 159-160).

Es curioso saber que el viajero italiano, justo antes de salir del Sacro Imperio, obtuvo de las autoridades eclesiásticas de Viena un testimonio de bautizo y de soltería, documentos requisito de la corona española para aquellos interesados en embarcarse a las Indias, ya que muchos hombres casados abandonaban mujer y familia para ir a la aventura del Nuevo Mundo. Así lo deja ver, por ejemplo, una real instrucción para la habilitación y apresto de navíos utilizada por la Real Compañía de Comercio de Barcelona a Indias, la cual establecía que, para que alguna persona pudiera embarcarse, deberían de exigírsele “las condiciones usuales para ello como limpieza de sangre, autorización conyugal o certificado de soltería (Melgar, 1987, p. 59). Aunque el italiano da a entender en su relato que su viaje a las Indias fue producto de la casualidad, el que haya obtenido estos testimonios de bautismo y soltería en Viena, nos hace pensar que tal vez don Lorenzo ya tenía en mente viajar a las Indias, en caso de que no tuviera fortuna en Portugal, con todo y las recomendaciones que le había dado la archiduquesa María Magdalena de Austria, hermana del emperador, para ser entregadas a su hermana María Ana de Austria, reina consorte de Portugal (Antei, 2007, p. 106).



Partida de bautismo de Lorenzo Boturini

Al margen de esta posibilidad, lo que conviene observar ahora es que, en la partida original de bautismo de la parroquia de Sondrio hay constancia de que se le puso por nombre Lorenzo Francesco Antonio, que fue hijo de Giovanni Battista, nieto de Lorenzo Botterini, de Sondrio; y que su madre se llamó Margherita, hija de Abundio de la Ecclesia, de Malenco (Antei, 2007, pp. 27-28). Así pues, en el libro parroquial, el apellido del viajero es Botterini, con doble “t”, y no hay justificación alguna para que utilizará el apellido Benaduci. De aquí que sea lícito preguntarnos: ¿Qué decía esa fe de bautismo presentada al nuncio apostólico en Viena? ¿Se trataba de un testimonio original emitido por el párroco de Sondrio? ¿Por qué Boturini tuvo que presentar una relación de testigos? Y, finalmente, ¿cuál la urgente necesidad de que lo validara el nuncio vaticano? Es una lástima que esa documentación esté perdida, porque teniéndola a la vista se disiparían algunas de nuestras dudas.

Mas lo importante ahora es notar que el viajero utilizó distintos nombres a lo largo de su vida, no obstante que, por el registro bautismal que hoy conocemos, debería llamarse Lorenzo Francesco Antonio Botterini de la Ecclesia.

Por ejemplo, en una obra suya hasta hoy inédita, la *Valtellina vindicata*, el viajero se puso por nombre Lorenzo Antonio de Botterini i Ardes (Antei, 2007, pp. 27-28); pero en 1747 mudó ese apelativo por el de Lorenzo Antonio Botterini Benaduci; tiempo después pasó a ser simplemente Lorenzo Botterini Benaduci, para finalmente dejar su apellido en Botturini, no embargante que, de cuando en cuando, lo escribiera con una sola “t”. De algunos de estos cambios se percató un acucioso investigador argentino, quien se asombró de que don Lorenzo, “en México y en los primeros tiempos de su estancia en Madrid”, escribiera su apellido con doble tt (Botturini), para después apuntarlo con una sola letra (Boturini), a partir de 1744 (Torre, 1936, p. 10).

No está de más agregar que, algunas veces, en sus escritos latinos, el coleccionista se nombraba Laurentius Botturini Benaduci. Pero ¿qué motivos tuvo don Lorenzo para cambiar constantemente su nombre? ¿Acaso quería ocultar un pasado vergonzoso, indecente o simplemente incómodo?

Tal vez la respuesta la encontremos en algunos estudios que a mediados del siglo pasado advirtieron, por vez primera, que el apellido original del personaje era *Botterini*, y no *Boturini*; pero además evidenciaron que Lorenzo Francesco Antonio no procedía de familia ilustre, sino que había sido hijo de un modesto herrero,⁴ muy a pesar de que algunos investigadores insistieran en que “era oriundo de una familia noble muy antigua del norte de Italia” (Thiemer-Sachse, 2003, p. 11).

Ante tales evidencias, llama la atención que el señor Boturini le hubiera manifestado al alcalde del crimen que tenía una distinguida ascendencia, ya que, según su testimonio, su familia estaba vinculada con el conde Wigfredo de Borge, con los condes de Poitou y los de Auvernia, los duques de Aquitania, de Borge y Tolosa, y los señores de la Torre y de Hono. Así, el declarante, como prueba de lo que decía, presentó un árbol genealógico que empezaba en el año de

⁴ El primero en escudriñar el árbol genealógico de don Lorenzo fue el investigador Pío Rajna, cuyo estudio está publicado en el *Bolletino de la Società Historica Valtellinese*, Sondrio, Tipografía Mevio Washington & C., 1934.

ochocientos veinte y ocho y acababa en su persona, documento de su autoría y validado por un notario imperial (Torre, 1936, p. 10).

Pues bien, es sabido que don Lorenzo también acostumbró a llamarse *caballero del Sacro Imperio Romano y señor de la Torre y de Hono*, los cuales títulos, legítimos o no, fueron implícitamente validados por la corona española al autorizar, en 1746, la publicación de la *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, obra en la que su autor se ostenta con esas dignidades. Esto podría explicar que, en ese mismo año, en el *Journal de Trévoux*, publicación académica que apareció mensualmente en Francia durante el siglo XVIII, se haya hecho una reseña de la entonces novedosa *Idea*, y que en ella se haya dicho que su autor había sido “el caballero Lorenzo Boturini Benaduci, señor de la Torre”;⁵ aunque años más tarde, el historiador y escritor valtellinense Francesco Saverio Quadrio, autor de *Della storia e della ragione di ogni poesia*, al redactar una nota biográfica de su contemporáneo y coterráneo, lo llamó Botterini, le agregó el apellido Benaducci, con doble “c” y le dio el título de “Signor de la Torre, e di Hono” (Saverio, 1756, pp. 362-363).

Vemos, de esta manera, que el que había sido hijo de un modesto herrero ya se había acreditado como noble, y para probarlo mostraba una historia de su familia y un árbol genealógico, en los cuales, al parecer, se evidenciaba su ascendencia francesa. Esto explica que, después de su destierro de la Nueva España, don Lorenzo Francesco Antonio pidiera encarecidamente al gobierno virreinal que le devolviera esos documentos (Torre, 1936, p. 10).

Pues bien, distintos historiógrafos reconocen hasta nuestros días que el llamado *señor de la Torre y de Hono* tuvo un origen italiano en la villa de Sondrio, aunque sólo algunos han insistido en una posible ascendencia gala. Tal es el caso del coleccionista Joseph Marius Alexis Aubin, fundador de la *Société Américaine de France*, quien habiendo estado diez años en México, en la primera mitad del

⁵ El nombre oficial de la publicación fue *Memoires pour l'Histoire des Sciences & des beaux Arts*, y la reseña de la obra de Boturini apareció en diciembre de 1746, vol. II, artículo CXXXV.

siglo XIX, y habiéndose apoderado de algunos de los documentos del *Museo histórico indiano*, aceptó la opinión de que el valtellinense había sido un “*antiquaire milanais, d’origine française*” (Aubin, 1891, p. 513). A mí me parece que Aubin debió conocer las declaraciones de Boturini y que, gracias a esos testimonios, tuvo noticia de la presumida ascendencia noble del italiano, por lo cual, sin más averiguación y acaso con cierta complacencia, dio por ciertos los vínculos de Boturini con aquellos linajudos franceses, de la misma manera en que también lo afirmó el sacerdote y misionero francés Brassieur de Bourbourg, al decir que el italiano había sido “*un savant milanais d’origine française*” (Brassieur, 1857, p. xxxii). Sea de ello lo que fuere, lo indiscutible es que algunos se han interesado en pregonar la nobleza del llamado *caballero del Sacro Imperio*, como lo fueron los integrantes de la Academia Mexicana de la Historia, quienes, en 1937, tuvieron el atrevimiento de correr la noticia de que Boturini también había sido duque. En efecto, colocaron una placa en la fachada de una casa que supusieron había sido la habitada por el italiano durante su estancia en la Nueva España, y en ella le atribuyeron el título nobiliario de *duque de Bena*, al considerar, sin respeto alguno por la gramática latina, que la palabra “Benaduci” no era apellido, sino la conjunción de un topónimo con el genitivo del sustantivo latino *dux*. Las críticas y cuestionamientos que por aquellos años se hicieron a la Academia tal vez fueron la causa de que tan curiosa placa haya desaparecido de su sitio (Vid. García, 1937, pp. 187-206).

El eco de la difundida ascendencia señorial de don Lorenzo tuvo resonancia en la obra del historiador Miguel León Portilla, quien aseveró que Boturini, a pesar de su ‘modestia y humildad’, insistía “con cierta complacencia en la nobleza de su linaje y en los títulos que de él le venían”, lo cual podía corroborarse, según el historiógrafo, “por la vinculación que mantuvo a lo largo de su vida con personajes de las cortes de Viena, Lisboa y Madrid” (León, 1974, p. xi). En esa misma línea, Álvaro Matute, historiador integrante de la Academia Mexicana de la Historia, no tuvo empacho en referir esos supuestos ilustres vínculos del valtellinense (Matute, 1976, p. 13); aunque años más tarde, en uno

de sus últimos artículos, reconoció que el apellido original de don Lorenzo era Botterini y que no tenía un linaje noble (Matute, 2012, p. 484).

En el mismo tenor se manifestó Jorge Cañizares Esguerra, destacado historiador de la Universidad de Texas, en Austin, quien aseguró que Boturini había sido “un italiano de orígenes patricios”, ya que sus padres habían sido “milaneses nobles” (Cañizares, 2007, pp. 232-233). En fin, que consideró a don Lorenzo como “un cortesano, pero también un hombre piadoso y de gran curiosidad” (Cañizares, 2007, p. 234). No está de más agregar que el famoso historiador inglés David Brading también aceptó sin reticencia esa conseja, refiriendo que Boturini había sido “un hidalgo milanés de antigua estirpe” (Brading, 2002, p. 219).

En la biografía de Boturini publicada por el historiador italiano Giorgio Antei, se muestra la forma en la que Lorenzo Francesco Antonio se hizo pasar por sobrino nieto del filósofo veronés Ottavio Boturini, por lo que, a partir de entonces, pudo presumir sus vínculos con la estirpe aristocrática de los Botterini y los Benaduci (Antei, 2007, p. 66 ss.). En esa obra se asegura que la razón por la cual el sondriense se ufana de aquellos vínculos, es porque:

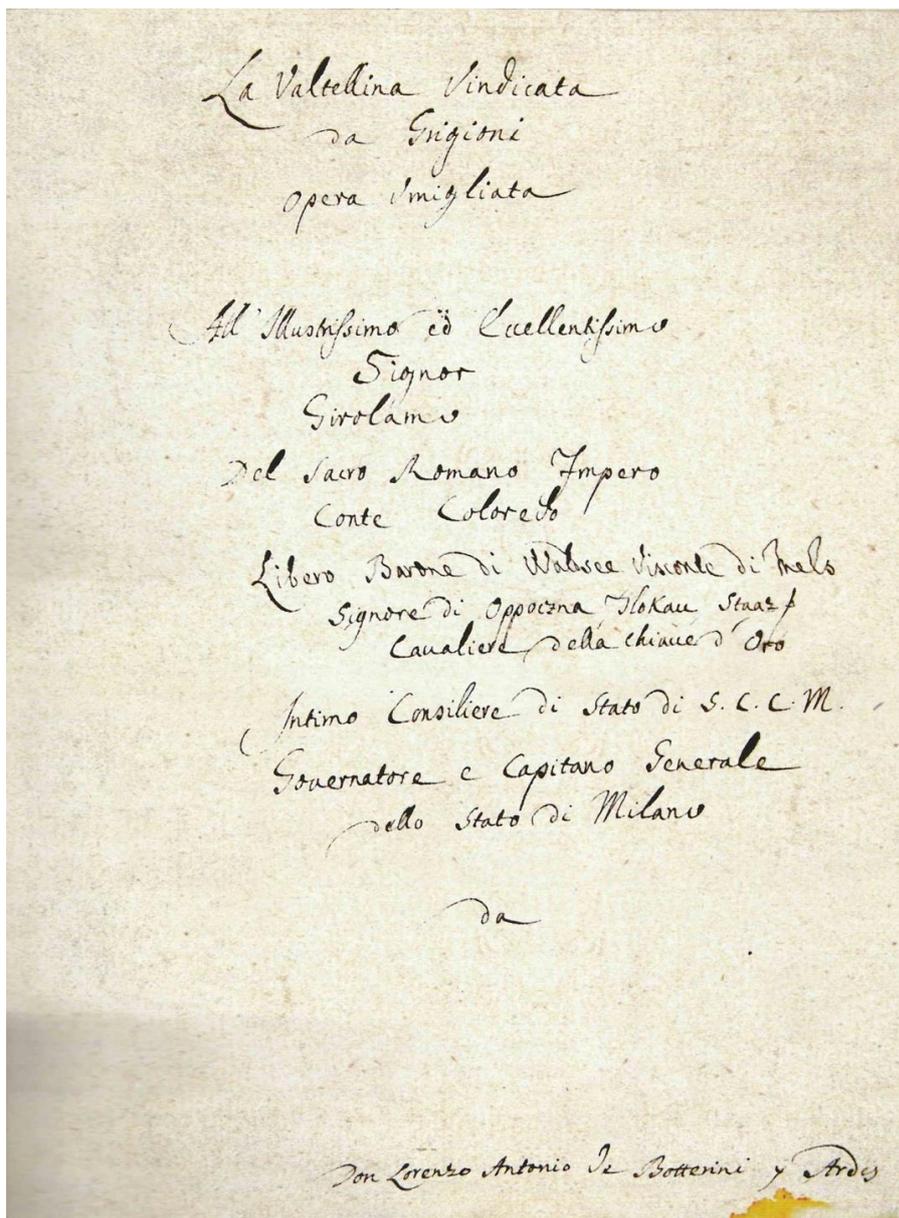
Esisteva realmente in quel di Brescia una stirpe Bot(t)urini, ben nota in Val Sabbia, di provenienza francese Boturin, discendente da fuorusciti e da soldati di Gastone di Foix, a cui del resto neppure competevano i titoli de Borge, de la Tour, ecc.; il nostro [Boturini] credete forse in buona fede di derivarne (Callegari, 1949, p. 597).

Así, el erudito italiano se convirtió en un impostor, pues la prueba de su nobleza se reducía a un árbol genealógico de su propia creación. Desafortunadamente el extravío hasta nuestros días de esos papeles impide corroborar el dicho de Boturini, por lo que uno de sus biógrafos llegó a concluir que “o bien su ascendencia se remontaba realmente a los señores De la Tour o bien Lorenzo se lo creyó” (Callegari, 1949, p. 66). A pesar de todas estas conjeturas, todo apunta a que el viajero lombardo

dejó atrás su pueblo y sus orígenes humildes y anónimos para inventarse una personalidad con la que pudiera labrarse un destino propio. De alguna manera lo logró, y la Historia lo reconoce con el nombre de Lorenzo Boturini Benaduci, señor de la Torre y de Hono (Escamilla, 2010, p. 168).

En síntesis, que lo que Boturini dijo de su ascendencia ha sido aceptado en términos generales por los estudiosos, muy a pesar de algunas evidencias documentales que nos dicen que don Lorenzo era un charlatán.

No podemos olvidar, sin embargo, que en aquellos tiempos otros individuos también llegaron a las Indias haciéndose pasar por clérigos o nobles. Uno de esos casos fue el del veneciano Juan Sambeli, quien decía proceder de casa ilustre, ser descendiente de emperadores romanos y sobrino del papa Clemente XIII. Ese estafador convenció a un padre jesuita de que era posible “establecer comunicación con el máximo jerarca de la Iglesia católica para transmitirle la aflicción de una Iglesia americana oprimida por sus obispos y afectada por la expulsión de los ignacianos”, pero su proyecto no tuvo éxito, ya que pronto fue descubierto, arrestado y remitido a un juzgado eclesiástico (Torres, 2016, pp. 987-1043). Es probable que, en aquellos tiempos, la falta de un control riguroso para el ingreso a las Indias haya motivado a algunos a buscar fortuna por medio del engaño.



Portada del manuscrito inédito *La Valtellina Vindicata*, en la que don Lorenzo utiliza los apellidos Botterini y Ardes

II. Aprendió lenguas indias durante su estancia en la Nueva España

Algunos autores consideran evidente que Boturini aprendió “lenguas indias” durante su residencia en la Nueva España, acaso porque el viajero refirió que, habiendo concluido sus estudios en Italia, salió de ella “deseoso de aprender lenguas” (Torre, 1936, p. 7). Pero, además, sabemos que don José Fernando Triviño, secretario de Nueva España del Consejo de Indias, después de haber tratado a don Lorenzo en la corte, le manifestó al conde de Montijo, presidente del Consejo, que el valtellinense era sujeto de calidad conocida y de buenas costumbres, dedicado “a la aplicación de sus estudios, y al inmenso trabajo de la inteligencia de las lenguas indias” (Torre, 1936, p. 12). Como podemos apreciar, fue el mismo valtellinense quien difundió esta conseja.

Ahora bien, es cierto que el *señor de la Torre y de Hono* tuvo en sus manos y estudió muchos documentos de los nativos, por lo cual el jesuita Francisco Javier Clavijero le atribuyó haber dicho que “en urbanidad, elegancia y sublimidad de las expresiones no hay ninguna lengua que pudiera compararse con la mexicana” (Clavijero, 1982, p. 547). Hasta ahora se desconoce la procedencia de la cita, pues en ninguna parte de la *Idea* se encuentra tal afirmación; aunque, efectivamente, el señor Boturini, al hablar de la lengua de Tenochtitlan, manifestó:

Es por cierto dicha lengua de exquisito primor y excede a la latina en la propiedad de las voces, teniendo unos altos conceptos y frecuentísimas metáforas que la realzan; y la poesía de ella se halla en los Cantares, que son difíciles de explicar, porque envuelven todo lo histórico con continuadas alegorías (Boturni, 1974, p. 5).

Pues bien, por esa valoración que Lorenzo Francesco Antonio hizo de la lengua de Moctezuma, podemos colegir que algo debió saber de ella, pero esto no nos autoriza a afirmar que supiera “lenguas indias” -en plural-, según testimonio también consignado por la Academia Mexicana de la Historia en aquella

insubstancial placa de que hemos hablado (García, 1937, p. 189). Analicemos el origen y desarrollo de este mito.

El arzobispo de México Francisco Antonio de Lorenzana y Butrón, años más tarde cardenal y arzobispo de Toledo, primer personaje que revisó a placer el *Museo histórico indiano* y quién tal vez conoció algunos testimonios del proceso en contra de Boturini, aseguró que el coleccionista había trabajado con mucho desvelo “para internarse en el estudio de los idiomas de los indios” (Lorenzana, 1981, p. A2). Por su parte, el historiador jesuita Francisco Javier Clavijero consideró que el coleccionista sondriense “aprendió medianamente la lengua mexicana” (Clavijero, 1982, p. xxxii), ya que:

no era hombre vulgar sino erudito y crítico; sabía muy bien, por lo menos el latín, el italiano, el francés y el español, y del mexicano supo cuánto bastaba para hacer un juicio comparativo (Clavijero, 1982, p. 547).

Mas la prudencia de un verdadero conocedor de la lengua de Moctezuma, como lo fue Clavijero, no contuvo los ánimos de José Mariano Beristáin y Souza, autor de la *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional*, quien afirmó categórico que Boturini “en ocho años de residencia en este reino aprendió la lengua mexicana” (Beristáin, s/a, p. 53). Años más tarde, William Prescott, historiador estadounidense famoso por su *History of the Conquest of Mexico*, buscó una explicación de cómo el italiano había adquirido tales conocimientos del náhuatl y, acaso como resultado agudas reflexiones, concluyó que el trato que don Lorenzo tuvo con aquellos indios “le ofreció amplias oportunidades de aprender no sólo su idioma, sino también “sus tradiciones populares” (Prescott, 1970, p. 76). Así las cosas, el misionero y arqueólogo francés Charles Étienne Brasseur de Bourbourg aseguró que Boturini “*se mit promptement en rapport avec les mexicains indigènes et apris avec eux la langue nahuatl*” (Brasseur, 1871, p. 26); más tarde el investigador y bibliógrafo chileno José Toribio Medina, en su *Biblioteca Hispanoamericana*, manifestó que don Lorenzo “aprendió la lengua mexicana y

que trató con los indios y con los españoles eruditos" (Medina, 1902, p. 385); mientras que el historiador Ramón Mena Issasi, en un artículo para los *Anales del Museo Nacional de México*, escribió que el viajero valtellinense se había entregado a la tarea de recoger documentos indios, y que "para ese fin aprendió el idioma de los indígenas y ganóse su confianza, con lo que obtuvo códices religiosos y profanos y la descifración correspondiente" (Mena, 1923, p. 35).

En el mismo tenor podríamos seguir enumerando autores hasta llegar al *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, obra en la que se afirma que el caballero Boturini "se dedicó a aprender la lengua náhuatl" y que "la supo con mucha suficiencia" (Porrúa, 1994, pp. 475-476).

Como hemos visto, aunque Lorenzana únicamente refirió que el viajero lombardo *estudiaba* los idiomas de los indios, fue Beristaín y Sousa el primero en decir categórico que Boturini había aprendido el náhuatl, rumor que se difundió con Prescott a partir de 1843, pues la fama y prestigio de ese historiador llevó a otros estudiosos a repetir la misma conseja. Sea de ello como fuere, lo singular es que el arqueólogo italiano Guido Valeriano Callegari llegó al extremo de afirmar que Boturini había adquirido "un completo conocimiento científico de los problemas gramaticales y lexicográficos de la lengua náhuatl" (Callegari, 1949, p. LI). Así, Callegari aceptó como "muy fundadamente" que Lorenzo Antonio no sólo "leía con facilidad las fuentes", sino que "constantemente aportaba ingeniosas traducciones, muchas de las cuales se deben a su propio juicio y no figuran en el Diccionario de Alonso de Molina" (Callegari, 1949, p. LI). En la misma línea, Lauro López Beltrán, clérigo afamado por sus estudios en torno a la Virgen de Guadalupe y uno de los promotores de la canonización de Juan Diego, creyó que el caballero lombardo "estudió el náhuatl asiduamente para poder leer los documentos [de las apariciones] en el idioma original, si tuviera la dicha de encontrarlos; pero no logró localizarlos" (López, 1989, p. 1). Y ya en el colmo de estas suposiciones, Ana María Sada Lambreton, religiosa de la Congregación de Hijas de María Inmaculada de Guadalupe y promotora de la causa de canonización de Antonio Plancarte y Labastida, no sólo apuntaló que el señor

Boturini había aprendido el náhuatl, sino que, además, “tradujo al español el *Nican Mopohua*, relación en la lengua náhuatl de don Antonio Valeriano” (Sada, 1994, p. 44).

Así, con tales antecedentes, no es de extrañar que en los últimos tiempos algunos estudiosos hayan insistido en que Boturini debió saber aquella lengua india. Por ejemplo, Rodrigo Martínez Baracs, investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia, escribió:

Ahora podemos confirmar que, a lo largo de su ‘peregrinar’ por los pueblos de indios y de estudiar con detenimiento los documentos que pudo conseguir, Boturini aprendió a hablar y entender algo del náhuatl del siglo XVIII y a leer el náhuatl escrito del siglo XVI (Martínez, 2010, p. 144).

Para Martínez Baracs, la evidencia de las habilidades lingüísticas del *señor de la Torre y de Hono* está en la “admirable descripción” que hizo del mapa de Cholula, en la cual se muestra “la traducción aproximada de parte de uno de los textos nahuas del abigarrado Mapa de Cholula que registró en su *Idea*” (Martínez, 2010, p. 144).

En el mismo tenor se ha pronunciado el investigador y profesor de la lengua náhuatl Patrick Johansson, al considerar probable que el caballero Boturini:

llegó a dominar [la lengua náhuatl] si consideramos la pertinencia de sus comentarios de carácter lingüísticos presentes en sus obras y el hecho de que, en sus tribulaciones indagatorias se dirigía frecuentemente a sus interlocutores indígenas en su propia lengua, aun cuando un intérprete estuviera presente (Johansson, 2010, p. 33).

Concluye Johansson que los proyectos de investigación del valtellinense sobre el náhuatl y su literatura “sugieren que tenía un sólido conocimiento de la lengua

de los aztecas” (Johansson, 2010, p. 33), pues, además, el italiano había manifestado su intención de hacer “un vocabulario de dioses para aclarar la mitología indiana, juntar raíces de la lengua náhuatl y meditar sobre sus progresos hasta que se derramó en varias y exquisitas poesías” (Boturini, 1990, p. 14).

No obstante, todas estas opiniones que le atribuyen al llamado *señor de la Torre y de Honó* un sólido conocimiento de la lengua náhuatl, se enfrentan, sin embargo, al testimonio del presbítero Cayetano Cabrera Quintero, contemporáneo y acérrimo crítico de Francesco Lorenzo Antonio en la Nueva España, quien advirtió:

debo reclamar cuán poco segura irá la fantasía de quien no habiendo nacido en Indias, ni en España, destituido del idioma y voz viva de los indios, y despreciando como perezosos los autores que las tuvieron, presume de extraidor de mapas, desenterrador de noticias (que había sepultado en manuscritos la imposibilidad de imprimirlos), levanta testimonios auténticos, rastrea archivos, aunque no públicos, saca de sus casas, o de las del obispo de Chiapa, delitos de conquistadores; impertinente todo al fin porque quiere darse a conocer de ilustrador, o historiador de Nuestra Señora de Guadalupe (Cabrera, 1982, p. 14).

Un último y demoledor comentario al respecto de la competencia de Boturini en la lengua mexicana es el que hizo Francisco Javier Clavijero, quien, según referimos, le atribuyó inicialmente a Boturini un conocimiento medio del náhuatl; pero, al valorar la etimología que el valtellinense hizo de la palabra Huitzilopochtli, el ignaciano se admiró y, con cierta ironía, señaló que el caballero Boturini se había equivocado “por no saber bien la lengua mexicana” (Clavijero, 1982, p. 18).

Como quiera que sea, el que el señor Boturini haya sabido medianamente o con mucha suficiencia el náhuatl, no es evidencia de que, por su deseo de

conocer idiomas, haya aprendido otras “lenguas indias” y que, de paso, como quería Prescott, se adentrara en las tradiciones populares de los nativos. Acaso la opinión más sensata sea la del historiador Rafael García Granados, quien al respecto escribió:

Tal vez haya sido así, con tanta más probabilidad cuanto que, para estudiar sus documentos, le era indispensable tener, por lo menos, un conocimiento superficial de estas lenguas que, sin duda, completaría sirviéndose de intérpretes indígenas, que todavía en el siglo XVIII se conocían por el nombre mejicano de “nahuatlato”. Pero, esta conjetura no autoriza ninguna afirmación categórica” (García, 1937, pp. 189-190).

De nueva cuenta, observamos que lo que Boturini difundió de su interés por conocer lenguas fue repetido por sus apologistas hasta hacer de él no sólo un hablante perfecto del náhuatl, sino también un conocedor de los problemas gramaticales y lexicográficos de aquella lengua (Callegari, 1949, p. LI).

III. Su colección estuvo integrada por más de 330 códices indios, fue la más copiosa y selecta de la Nueva España, y el compilador sufrió indecibles penurias para conseguirla

Ciertos panegiristas han encomiado el trabajo del caballero Boturini como coleccionista e insisten en que su *Museo histórico indiano* fue la más importante y valiosa colección de manuscritos indios de que se tenga memoria. Por ejemplo, el padre Clavijero manifestó que dicho *Museo*, integrado “de pinturas y de manuscritos antiguos”, había sido, después de la famosa colección de Sigüenza, “el más copioso y selecto que jamás se ha visto en aquel reino” (Clavijero, 1982, p. XXXII). Tiempo después, el famoso viajero alemán Alejandro Humboldt la definió como “la colección más bella y rica de todas” (Humboldt, 1991, p. 124) y declaró, que de entre los escasos restos de antigüedades mexicanas que quedaban

en la ciudad de México, se contaban los de la colección Boturini, integrada por “los manuscritos o sean los cuadros jeroglíficos aztecas pintados sobre papel de maguey, sobre pieles de ciervo y telas de algodón” (Humboldt, 1991, p. 191). Tal vez haya sido esta afirmación de Humboldt lo que hizo pensar a las siguientes generaciones que el ramillete de documentos del valtellinense era íntegra una colección de códices indios, por lo cual algunos hasta llegaron a decir que incluía más de 330 cuadros jeroglíficos, y maldijeron y condenaron al gobierno virreinal por despojar injustamente al coleccionista de sus preciosos manuscritos (García, 1937, pp. 187-206). Pero la verdad es que no fueron 330 códices, ya que los inventarios del afamado *Museo* dan cuenta de que sí incluía algunos códices, aunque también contenía algunos legajos de documentos personales, manuscritos post-cortesianos, muchos impresos, dibujos y copias que el italiano mandó hacer de aquellos documentos que no pudo adquirir (López, 1925, p. 1-155).

Dejando al margen la cantidad de códices que pudo contener el archivo Boturini, conviene preguntarse por aquellas dificultades enfrentadas por el coleccionista para reunir su afamado *Museo histórico indiano*. Pero antes de ir al testimonio del viajero lombardo, veamos lo que dicen sus apologistas.

El arzobispo de México Francisco Antonio de Lorenzana y Butrón explicó que el individuo “se metía en las casas de los indios, o jacales, y allí dormía con incomodidad únicamente por adquirir monumentos dignos de la antigüedad” (Lorenzana, 1981, p. A2-v); Clavijero, prudente, sólo refiere que el coleccionista “se amistó con los indios para conseguir de ellos pinturas antiguas” (Clavijero, 1982, p. xxxii); Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, quien trató a Boturini y lo hospedó en su casa de Madrid durante el destierro, refirió que el valtellinense:

emprendió jornadas de veinte, treinta y más leguas por caminos extraviados, sólo por tratar con un sujeto que creía podía darle alguna noticia, o por la esperanza de hallar un mapa o un manuscrito, con tales incomodidades por lo áspero de los caminos,

por los temperamentos, especialmente cálidos y abundantes de mosquitos y otros insectos molestos, y por la inopia de bastimentos, que aseguró que en una ocasión se mantuvo ocho días enteros con chirimoyas, en otras con tortillas de maíz duras, y en otras con sólo maíz tostado; albergándose en las infelices chozas y tugurias de los indios, y no pocas veces con temor y peligro de la vida, porque desconfiados ellos de su intención sospechaban que ésta fuese de robarles o hacerles otros perjuicios (Fernández, 1925, p. 242).

Por su parte, el historiador Prescott, como siempre exagerado, afirmó que el italiano “penetró hasta los lugares más remotos del país, viviendo mucho tiempo con los nativos, pasando las noches algunas veces en sus chozas, y otras en profundas cavernas, o en la oscuridad de las solitarias selvas” (Prescott, 1970, p. 76); en tanto, Ramón Mena garantizó que “la noticia de la existencia de un mapa, de un manuscrito, de un libro antiguo, hacían a don Lorenzo recorrer a pie largos e incómodos caminos, comer frugalmente, si comía, y dormir al raso” (Mena, 1923, pp. 35-36).

¿Pero de dónde salen tan excedidas afirmaciones? ¿Cuál es su fundamento? Para responder a tales preguntas, veamos lo que Boturini manifestó acerca del origen de su colección y de los trabajos que tuvo para conseguirla. El *señor de la Torre y de Hono* manifestó al juez de la causa que

luego que vino a esta América meditó dedicar su pluma y trabajos en gloria y culto de nuestra señora patrona de Guadalupe, habiendo recorrido muchas provincias de los indios para indagar las pruebas contemporáneas al portentoso milagro de sus apariciones... durmiendo en pueblos yermos de dichos naturales por el suelo de sus casitas y chozas, y tal vez prevenido de la noche en los mismos caminos con tan pesados trabajos que, humanamente no se podían ponderar (Boturini, 1974, p. 5).

Ahora entendemos que fue el mismo Lorenzo Francesco Antonio quien estableció con su declaración una línea explicativa de quejumbroso estilo y comprendemos que quienes leyeron su causa siguieron por el mismo camino. Ciertos testimonios, como el de Lorenzana, fueron prudentes y se ajustaron al testimonio del autor, y otros, como el de Prescott y Mena, llevaron los hechos a los límites de la exageración. Por supuesto, no podemos descartar la posibilidad de que algunos de sus biógrafos no hayan conocido la causa de Boturini y que, en consecuencia, sólo repitieran, muy a su estilo, las afirmaciones hechas por aquellos autores que les parecieron más dignos de fe.

Punto importante en el tema que tratamos es la valoración que han hecho los historiógrafos al respecto del *Museo histórico indiano*. En realidad, escasamente se ha emitido alguna opinión, y la mayoría, como ya hemos dicho, sólo se ha ocupado en maldecir y recriminar al gobierno virreinal por haber incautado esos documentos y por haberlos tenido en condiciones inadecuadas que habrían ocasionado su pérdida y deterioro.

Don Lorenzo, en su momento, refirió que su colección se podía tener “como otro de los más ricos tesoros de las Indias” (Boturini, 1974, p. 5), y que era la única hacienda que tenía, “y tan preciosa, que no la trocara por oro y plata, por diamantes y perlas” (Boturini, 1974, p. 114).

Pues bien, el arzobispo Lorenzana y Butrón, quien, como ya dijimos, fue el primero en revisar, utilizar y llevarse a su casa algunas cosas del *Museo histórico indiano*, sólo dijo, en elogio del coleccionista valtellinense, que “por sus papeles he aprendido mucho, que no había encontrado en otros autores” (Lorenzana, 1981, p. A2). En su momento el viajero Alejandro Humboldt lo tuvo como “la colección más bella y rica de todas” y no dejó de indignarse por el abandono en que la tenía el gobierno virreinal y porque la habían robado y destrozado “personas que desconocían la importancia de tales objetos” (Humboldt, 1878, pp. 263-264). Es muy interesante observar que este explorador alemán, a la vez que reconoce la importancia de la colección, y aunque se lamenta de su mala conservación y del saqueo padecido, también aprovechó su estancia en México

para llevarse a Alemania al menos 16 pinturas ideográficas con las cuales ilustró su obra *Vues des cordilleres et monuments des peuples indigènes d'Amérique* (Iguíñiz, 1953, p. 219). Ciertamente es que el erudito barón elogió las antigüedades de los indios, pero parece que se sintió horrorizado por algunas de sus prácticas, pues llegó a decir que las figuras de los códices “atestiguan la imaginación extraviada de un pueblo que se complacía en ver ofrecer el corazón palpitante de las víctimas humanas a ídolos gigantescos y monstruosos” (Humboldt, 1991, p. 124).

En la misma línea de los autores, el desmedido William Prescott, sin hacer valoración alguna del *Museo histórico indiano*, se mostró indignado porque “la misma colección se guardó en cuartos del palacio virreinal de Méjico, tan húmedos, que gradualmente se redujeron a pedazos, y los pocos restos fueron más adelante disminuidos por el pillaje de los curiosos” (Prescott, 1970, p. 77). Años más adelante, el general Vicente Riva Palacio, autor de la “Historia del virreinato” en el *México a través de los siglos*, sintetizó lo que había pasado con el Museo Histórico de la siguiente manera:

La persecución desatada contra él [Boturini] fue causa de que se perdiesen multitud de documentos y de objetos curiosos e importantes para los estudios históricos de México, de los cuales unos desaparecieron sin poderse averiguar quién los había tomado, otros perecieron en el lugar en el que estuvieron depositados, y muy pocos quedaron para el Museo Nacional de México (Riva, 1956, pp. 788-789).

Como podemos apreciar, más que valorar o hablar de la importancia del *Museo histórico indiano*, los estudiosos sólo han repetido lo que primero dijo Boturini y lo que después refirieron Clavijero y Humboldt, agregando de su cosecha alguna circunstancia escandalosa para culpar al gobierno virreinal por su deterioro. Así, con tono desquiciado, el escritor estadounidense Justin Windsor llegó a afirmar que el archivo Boturini: “remained in the possession of the governments, and became the spoil of the damp, revolutionist, and curiosity seekers” (Windsor, 1889, p. 159). En

el mismo sentido, el bibliotecólogo y miembro fundador de la Academia Mexicana de la Historia Juan Bautista Iguiniz declaró que la colección se había depositado en la Secretaría del Virreinato, “donde permaneció por largos años a merced de la humedad, las ratas y los curiosos” (Iguiniz, 1953, p. 219). Es llamativo observar, que mientras algunos se dolían de la disgregación de los documentos, el historiador francés George Baudot se mostró complacido por ello, al manifestar que “afortunadamente el siglo XIX los dispersó en manos de eminentes americanistas como Aubin, Humboldt o Kingsborough” (Baudot, 1969, p. 224).

En su oportunidad, Úrsula Thiemer Sachse, académica de la Universidad de Berlín, opinó que Boturini "creó con su ‘museo’ la colección más grande y substancial que jamás existió después de que los conquistadores destruyeron los archivos autóctonos de los antiguos mexicanos" (Thiemer-Sachse, 2003, p. 7); y, en el mismo tono de los panegiristas, concluyó que “el destino de esta colección no fue del todo feliz; pues fue destruida más tarde a consecuencia de los recelos por parte de la administración colonial" (Thiemer-Sachse, 2003, p. 8).

Pero ¿es verdad que la colección Boturini estuvo en tan lamentables condiciones que sus manuscritos “fueron alimento de las ratas”? (Mercado, 1980, p. 12). Por lo menos las fuentes contemporáneas al italiano dicen lo contrario, pues tal afirmación es uno más de los muchos embustes difundidos en torno al *Museo histórico indiano*. Lo único que sabemos con certeza es que, en 1744, a petición de don Lorenzo, quien para entonces ya se encontraba en Madrid, el Consejo de Indias envió una instrucción al virrey conde de Fuenclara para que los documentos “se guardasen en lugar donde no pudiesen estropearse”, por lo cual, a partir de entonces, los documentos se pusieron en la primera planta del palacio virreinal, en un armario seguro y libre de humedad (Sarrablo, 1966, p. 93). Esta noticia se la dio el mismo don Lorenzo al tesorero del santuario de Guadalupe, en diciembre de 1745.⁶

⁶ Carta de Boturini a Joseph de Lizardi y Valle, 7 de diciembre de 1745, AHBG, Boturini Historia Guadalupana 1576-1847, caja 334, exp. 79, f. 44v.

Tengo la impresión de que buena parte de los autores mencionados no se dio cuenta de la diversidad de documentos que integraban el archivo Boturini, según se desprende de los inventarios hechos durante el proceso, y que, influenciados por el testimonio de Humboldt, lo creyeron mayormente constituido por muchos códices indios, por lo que sólo acertaron a repetir, con variantes, que había sido “el más copioso y selecto de este reino”, según testimonio del padre Clavijero (Clavijero, 1982, p. 547). Pero ¿cuál es la verdadera importancia del archivo Boturini y cuál la valía de sus fuentes? Hasta ahora, el único que ha emitido un juicio sobre el *Museo histórico indiano* ha sido el historiador y economista Julio le Riverend Brousone, quien escribió: “se ha sobreestimado la colección Boturini”, quizá porque él mismo había creado una aureola en torno a ella”, y porque al publicar el resultado de sus trabajos “se exageró el valor de esas fuentes primarias” (Le Riverend, 1946, s/p). No obstante, es conveniente destacar que, en nuestros días, según opinión del historiador Iván Escamilla, la cual yo comparto, “el valor de esa colección no reside en lo que se dijo en otros tiempos, sino en la lectura crítica que podemos hacer de esas fuentes desde la perspectiva científica actual”.

IV. Boturini fue autor de gran literatura, profunda erudición y alto talento; escritor original sacrificado por la ciencia, humanista de extraordinaria formación clásica y el primer investigador científico del hecho guadalupano

Hemos revisado, hasta ahora, lo que se ha dicho del nombre y linaje de Lorenzo Boturini Benaduci, ya referimos lo que algunos conjeturan de su conocimiento de la lengua náhuatl y conocimos las opiniones que ha merecido el *Museo histórico indiano*. Por ello, considero conveniente evaluar, en seguida, lo que los historiógrafos han manifestado de Boturini, el hombre, y más específicamente de sus habilidades intelectuales. En realidad, tenemos pocos juicios al respecto, algunos halagüeños y otros poco favorables, pero me parecen muy significativos para comprender la génesis y progreso de lo que yo llamo la *Leyenda Boturini*.

El primero en manifestarse en torno a la figura de Francesco Lorenzo Antonio fue don Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, amigo y discípulo de Boturini. Este historiador poblano, quien en Madrid trató mucho tiempo al coleccionista, sólo dijo que el caballero sondriense había sido un “hombre de profunda erudición y alto talento” (Fernández, 1925, p. 240). Por su parte, el historiador jesuita Francisco Javier Clavijero expresó que el coleccionista había sido un “curioso y erudito caballero” (Clavijero, 1982, p. XXIII); en tanto que el historiador y arqueólogo Juan Enrique Palacios se mostró benevolente con el viajero italiano, al considerar que en su obra se advierte:

sello de originalidad en diversos puntos, notándose que el caballero discurría por cuenta propia, apartándose con frecuencia de las autoridades admitidas y ateniéndose, como es natural el suponerlo, a los datos que le suministraron los códices indígenas, fuente legítima e insustituible en la investigación sobre los aborígenes (Palacios, 1929, p. 124).

En otro momento, el prestigiado historiador argentino José Torre Revello identificó a don Lorenzo como un “benemérito coleccionista de primitivos códices” (Torre, 1936, p. 5); mientras que Guido Valeriano Callegari se admiró de la preparación y conocimiento que tenía el caballero Boturini, por lo que llegó a decir, que:

La erudición clásica de Boturini puede calificarse de extraordinaria, y nos da de nuestro autor una completa imagen de hombre humanista y de sólida formación clásica, que no citaba por referencias, sino por directo conocimiento (Callegari, 1949, p. XLVI-XLVII).

Tal es la consideración que Callegari le tiene al viajero valtellinense que lo eleva a la categoría de científico, al concluir de manera solemne, que: “Si alguna vida de hombre fue sacrificada por la ciencia, fue entregada a su cultivo y puede

decirse que se consumió en ella, ésta es la del caballero lombardo Lorenzo Boturini Benaduci” (Callegari, 1949, pp. XLVI-XLVII). Es muy probable que este juicio de Callegari haya convencido al padre Lauro López Beltrán de que el italiano había sido “más que el primer investigador científico del hecho guadalupano a quien nadie ha superado”, por lo que el presbítero consideró al llamado *caballero del Sacro Imperio*: “fundador de la ciencia histórica mexicana” (López, 1989, p. 1). Por su parte, Miguel León Portilla insistió en que don Lorenzo era “hombre de suaves costumbres, modesto y humilde, capaz e instruido” (León, 1974, p. XI).

A pesar de todas estas lisonjas, William Prescott escribió las siguientes líneas que pueden ser la primera opinión crítica a la capacidad intelectual del personaje:

Él era un hombre activo, sumamente inclinado a lo maravilloso, con poca de la agudeza necesaria para penetrar en los intrincados laberintos de las antigüedades, o del espíritu filosófico indispensable para pensar con calma sus dudas y dificultades” (Prescott, 1970, p. 77).

En el mismo tenor, el historiador y filólogo José Joaquín García Icazbalceta, miembro fundador de la Academia Mexicana de la Lengua, valorando la riqueza documental que rescató el caballero sondriense, expresó su opinión de que el nombre de Boturini debía “ser pronunciado con respecto por todo aquel que tenga [en] algo la historia de nuestro país” (García, 1853, p. 134). Muy a pesar de ese lisonjero inicial elogio, el famoso historiógrafo, convencido de que “es raro que el más diligente colector de documentos sea también el más capaz de aprovecharlos”, declaró que, a Boturini, como escritor, “pocos adelantos le hubiéramos debido, ni aun cuando hubiese tenido tiempo de acabar la grande historia que meditaba”, pues “la fantástica *Idea* que dio a la prensa basta para juzgarle” (García, 1853, p. 134). De esta manera, el señor Icazbalceta se congratuló de que, al menos en parte, la colección Boturini haya caído “en manos hábiles”;

es decir, en las de don Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, “quien con tal auxilio formó la primera *Historia Antigua de México*, digna de tal título” (García, 1853, p. 134).

En forma similar, Julio Le Riverend Brusone, aunque le reconoció al sondriense “la gloria de haber descubierto el tema de la historia de México”, expresó que “su labor como escritor es incomparablemente inferior a sus empeños de coleccionista” (Le Riverend, 1946, s/p).

A manera de descargo, vale la pena recordar el dicho de Boturini, de que había escrito su *Idea*, de memoria, porque había perdido sus documentos (Boturini, 1974, p. 30); pero esta aseveración le pareció al historiador y bibliófilo José Iturriaga de la Fuente “poco verosímil” (Iturriaga, 1990, p. 99), y consideró que el valtellinense fue mucho más destacado como cronista, que como historiador (Iturriaga, 1990, p. 102).

Por su parte, el jesuita Constantino Bayle, aunque conjeturó que el italiano debió estudiar humanidades y leyes en Milán, opinó que sus escritos latinos no están exentos de errores y que son poco entendibles “por la bronca y enzarzalada erudición leguleya con que salpica sus páginas” (Bayle, 1923, p. 186).

Bertha Flores Salinas, una de las más incisivas críticas de Boturini, ha sugerido con peculiar agudeza que el llamado *señor de la Torre y de Hono*, por medio de “labia, artimañas y dinero, logró formar la más rica colección de antiguallas mexicanas, quizá con el propósito ulterior de su venta en Europa” (Flores, 1966, p. 157). En consecuencia, la fascinación material de Boturini por las antigüedades mesoamericanas puede explicar también la insistencia del valtellinense en coronar a la Virgen de Guadalupe, pues es sabido que “detrás de esa clase de celebraciones religiosas: coronaciones, exaltaciones, etc., siempre hay un fondo económico que el clero secular o el monástico usufructúa hábilmente” (Flores, 1966, p. 157). En síntesis, que los desvelos de Boturini por coronar a la Virgen de Guadalupe se explicarían mejor no por devoción “sino porque le movía el interés” (Flores, 1966, p. 157). Más aún, resulta notable la suspicacia de Berta Flores Salinas al sugerir que el italiano “con labia, artimañas y dinero” pudo

formar su *Museo histórico indiano* y que se enfrascó en la historia y la coronación de la Virgen de Guadalupe “por un mezquino interés monetario” (Flores, 1966, p. 157).

Finalmente, a Iván Escamilla, historiador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, también le intrigó la insistencia del llamado *señor de la Torre y de Hono* “en mostrarse como una especie de cruzado solitario echado a la incomodidad y peligros en los caminos, sin importar costo ni sacrificios, y sostenido únicamente por su tenacidad y su fe en la virgen” (Escamilla, 2006, p. 7). Y lo que ha descubierto este investigador, es que el señor Boturini, con gran habilidad, supo tejer una red de benefactores que le facilitaron un “próvido y proporcionado” apoyo para sus investigaciones (Escamilla, 2008, pp. 129-149). Esta revelación, por supuesto, no hace de Boturini un ignorante o un falso erudito, pero sí nos da indicios de los vínculos que con destreza pudo establecer con las élites políticas e intelectuales de la Nueva España.

Como hemos visto, son muchos los estudiosos que han seguido esa línea laudatoria de la figura de Lorenzo Boturini y, por tanto, lo han considerado un humanista de gran talento, escritor original con extraordinaria formación clásica, y hasta hombre generoso que sacrificó su vida por la ciencia. Ciertamente es que, como se ha observado recientemente, “para los intelectuales liberales y conservadores del siglo XIX Boturini fue, más que un historiador, un mártir de la nacionalidad y una víctima más de la dominación colonial española” (Escamilla, 2006, p. 7). Pero de entre esos desmesurados elogios se asoman algunos destellos de una crítica severa que lo considera un hombre fantasioso, con poca agudeza para entender las dificultades de la historia indiana y, en fin, un escritor mediocre, imposibilitado para aprovechar como historiador la riqueza documental que tuvo en sus manos.

V. Su obra fue original, con noticias novedosas hasta entonces y dio nuevas orientaciones a la historia prehispánica

Habiendo analizado lo que la historiografía ha dicho de Lorenzo Boturini, el hombre, ahora toca turno a las opiniones que ha merecido su *Idea de una Nueva Historia General de la América Septentrional*, obra que, dedicada al monarca Felipe V, parece ser un prospecto en busca de patrocinio, pues la intención del italiano, al publicarla, “fue mostrar cuál era el caudal de documentos que había allegado y sobre los cuales se proponía trabajar para elaborar al fin la obra más amplia que debía ser su *Historia de la América Septentrional*” (León, 1974, p. xi). Pero antes de ir nuestro asunto, hay que reconocer, en justicia, que Álvaro Matute le dedicó un capítulo de su obra a los “juicios sobre Boturini”, y que en él sintetizó las apreciaciones de aquellos autores que le parecieron significativos, centrando su atención en los vínculos del trabajo de don Lorenzo con los del filósofo napolitano Juan Bautista Vico (Matute, 1976, pp. 23-39). En este apartado, sin embargo, revisaré sólo algunas de esas opiniones, y tomaré en cuenta las de otros autores no considerados por Matute, en un intento por mostrar cómo esas apreciaciones han contribuido a la génesis de la *leyenda Boturini*.

Resultado de los desvelos del valtellinense en la Nueva España, se publicó en Madrid, en 1746, la *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, y su trabajo póstumo, la *Historia general de la América Septentrional*, quedó en manuscrito a la muerte de Boturini, hasta que finalmente fue publicada en Madrid en 1940. Ello explica que los historiógrafos del siglo XIX y primera mitad del siglo XX únicamente se hayan referido a la primera obra y que muy tardíamente tengamos algunos comentarios de la *Historia general*. Pues bien, llama la atención que muy pocos autores hayan dado una opinión acerca de estos trabajos y que la mayoría los consideren obras de poca monta. El jesuita Francisco Javier Clavijero, por ejemplo, dijo que la *Idea* de Boturni era “un ensayo de la grande obra que meditaba”, y que en él “se encuentran noticias importantes no publicadas hasta entonces, pero también algunos errores” (Clavijero, 1982, p.

xxxii). Para el ignaciano, famoso por su *Historia Antigua de México*, “el sistema de historia que se había formado [Boturini] era demasiado magnífico, y por lo mismo algún tanto fantástico” (Clavijero, 1982, p. xxxii).

Por su parte, don Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, amigo y discípulo de Boturini, estimó que la *Idea* era ejemplo “de la gran literatura, profunda erudición y alto talento”. (Fernández, 1925, p. 240). Sin embargo, para William Prescott, la publicación del valtellinense, “con abundante erudición mal escogida y mal ordenada, es una mezcla de ficciones pueriles, detalles interesantes, falsas ilusiones y quiméricas teorías” (Prescott, 1970, p. 77). Pese a ello, el escritor quiso endulzar su acerba sentencia, diciendo que:

no es justo juzgar por las estrictas reglas de la crítica una obra formada apresuradamente como un catálogo de tesoros literarios, [porque] fue destinada por el autor a enseñar lo que podía hacerse, más bien que lo que él había hecho (Prescott, 1970, p. 76).

Como podemos observar, para el historiador salemiano de Massachusetts, el caballero Boturini, “por su entusiasmo y perseverancia era demasiado a propósito para escoger los materiales que pudieran ilustrar las antigüedades del país”, pero, en su opinión, se requería “de un entendimiento superior para aprovecharse de ellos” (Prescott, 1970, p. 76). De tal suerte que, “más que el mérito de la obra”, lo que asocia inseparablemente el nombre de Lorenzo Boturini Benaduci a la historia literaria de México, fueron “las singulares persecuciones que sufrió” (Prescott, 1970, p. 76).

Pocos años después del testimonio de Prescott, Joaquín García Icazbalceta se expresó en términos similares, al referir que la *Idea* escrita por Boturini estaba redactada “en estilo fantástico y pomposo, y sobre ser de poco provecho da mala idea del partido que [el valtellinense] podía sacar de sus documentos” (García, 1853, p. 677).

Por su parte, el célebre historiógrafo José Fernando Ramírez, a principios del siglo XX, ventiló el punto de vista de que la obra de Boturini no es una

historia, y que más bien puede considerarse como un catálogo razonado y depósito de noticias sueltas que abarca todas las antiguas tradiciones del país y de cuya fidelidad responde el autor, aunque declarando haberlas escrito de memoria (Ramírez, 1903, 167).

Es evidente que Ramírez, al leer la publicación del viajero milanés, opinó que su autor, con una idea general y muy vaga de lo que quería, “no se había ocupado de algún tema en particular”, por lo cual, “sus noticias se encuentran diseminadas con poca coherencia y frecuentemente sólo en embrión” (Ramírez, 1903, p. 167).

En su momento, el historiador y economista Julio Le Riverend Brusone expresó que el trabajo publicado por el *caballero del Sacro Imperio* es pobre y “de pocos alcances”, por lo que advirtió del peligro que se corre “de llegar a la obra de Boturini en demanda de una riqueza de información que no pudo tener ni pretendió que la tuviera el propio autor” (Le Riverend, 1946, s/p). Para Le Riverend,

hubo en este resultado no solo la influencia directa de su condición de erudito -unida a la dificultad que se hallaba para improvisar sus conocimientos de las lenguas indígenas- sino también la de las circunstancias en que tuvo que trabajar. No tuvo apoyo alguno, salvo el específico de los capellanes de Guadalupe, para realizar sus estudios (Le Riverend, 1946, s/p).

Hemos dicho al inicio de este capítulo que el llamado *señor de la Torre y de Hono* también hizo fama por escribir su *Idea* inspirado en los principios de la *Scienza Nuova* del napolitano Juan Bautista Vico. Pues bien, a este respecto la historiadora Berta Flores Salinas dice tener la impresión de que:

Boturini, para ‘estar a la moda’, adoptó para su Historia los principios filosóficos y sociales de Vico, como en una actitud parecida a la de aquellos historiadores contemporáneos que sin

estar convencidos del materialismo histórico lo adoptan para sus interpretaciones históricas (Flores, 1966, p. 155).

Así pues, para la autora de *México visto a través de algunos de sus viajeros*, lo que escribió Boturini fue “para estar dentro de la corriente ideológica del momento” (Flores, 1966, p. 155). Pero lo que para Flores Salinas fue un “trabajo de usanza”, para José Rogelio Álvarez, historiador y editor de la *Enciclopedia de México*, es la médula de la originalidad de la obra de Boturini, porque su *Idea* “está en el sistema cíclico, según el cual la vida de los pueblos se desliza en una sucesión de etapas, edades o periodos determinados”, de acuerdo con los postulados del filósofo napolitano Juan Bautista Vico en sus *Principios de una ciencia nueva* (Álvarez, s/a, p. 1055).

Una opinión muy peculiar sobre el trabajo de Boturini es la de Roberto Moreno de los Arcos, ex director del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y miembro de la Academia Mexicana de la Historia. Para Moreno de los Arcos los trabajos que inició el italiano en la Nueva España “vinieron a despertar o secundar inquietudes largo tiempo soterradas en un buen número de ilustrados novohispanos”, por lo que a lo largo del siglo XVIII esas labores se convirtieron:

en una especie de dispositivo de reacción en cadena que llevaría a los súbditos novohispanos a trabajar con nuevas orientaciones los temas de la historia prehispánica, que resultó una de las piedras angulares del edificio de la ideología revolucionaria de la Independencia y el nuevo nacionalismo mexicano (Moreno, 1971, p. 253).

Esta muy interesante opinión abrió las puertas para que el trabajo de Boturini fuese visto con nuevos ojos y se llegara al convencimiento de su originalidad y trascendencia, pues, según se ha visto en los últimos años, don Lorenzo Francesco Antonio, “al romper con los moldes tradicionales de la hagiografía y

la historia anticuaria barrocas, contribuyó a sentar las bases de una revolución metodológica en la historiografía novohispana” (Escamilla, 2006, p. 13).

Así, en opinión del historiador y filósofo emérito de la UNAM, Miguel León Portilla, la *Idea* de Boturini, por su enfoque, al haber hecho suyo el método y la filosofía de la historia de Vico, “constituye una extraordinaria novedad y enriquecimiento al referirse a las culturas indígenas de México” (León, 1974, p. XLVII). Para el autor de *La visión de los vencidos*, aunque la *Idea* tuvo un carácter provisional, pues era sólo “un anuncio o anticipo de lo que podría llevar a cabo [Boturini] en circunstancias menos desfavorables”; y, no obstante algunas críticas negativas, fue aprobada en lo general por los censores del reino e “incluso motivó el nombramiento [para don Lorenzo] de cronista que precisamente había de residir en las Indias” (León, 1974, p. XLVII). En conclusión, según León Portilla, la *Idea* de Boturini tiene el mérito “de haber enmarcado por vez primera el acontecer cultural americano en términos del pensamiento de quien, en los tiempos modernos, es considerado como nuevo padre de la filosofía de la historia universal” (León, 1974, p. LV).

En el mismo tenor se expresó Álvaro Matute, quien refirió que “la singularidad de la obra de Boturini sobre la historia y cultura de México radica en que, para emprenderla, se valió del sistema de uno de los grandes maestros de la filosofía de la historia, Giambattista Vico” (Matute, 1976, p. 14).

No obstante esos rasgos de novedad y originalidad atribuidos a los escritos de Boturini, Jorge Cañizares Esguerra ha demostrado que “no todo lo que había en su propuesta era nuevo”, ya que el caballero lombardo presentó su obra “como si fuera la primera en basarse por completo en la meticulosa recopilación e interpretación de las fuentes indígenas, lo cual no era cierto”, pues eso ya lo había intentado el padre Torquemada (Cañizares, 2007, p. 232). Más aún, en opinión del historiador de la Universidad de Texas, “Boturini carecía de originalidad metodológica, pues extrajo la mayor parte de sus ideas del erudito napolitano Giambattista Vico” (Cañizares, 2007, p. 232). Ciertamente que no es reprochable tomar ideas de otros autores, pero lo censurable es mal interpretarlas.

Y he aquí que Cañizares ha puesto en evidencia que “Boturini usó a Vico para darle a las fuentes mesoamericanas un estatus historiográfico similar al que disfrutaba la Biblia” (Cañizares, 2007, p. 239). Efectivamente, “al reivindicar el uso de palabras y mitos como pruebas históricas confiables, Boturini proyectó el libro sagrado de los toltecas como el equivalente americano de la Biblia” (Cañizares, 2007, p. 239), sólo que para Vico los jeroglíficos eran poco confiables, pues “eran el producto de mentes primitivas poéticas dadas a la exageración y al engaño”; mientras que el *señor de la Torre y de Hono* “tenía un alto concepto de la escritura jeroglífica” (Cañizares, 2007, p. 239).

Hasta donde hemos visto, efectivamente los historiógrafos admiradores de Lorenzo Boturini han tejido en torno a él, al paso de los años, una leyenda aurea con los hilos proporcionados por el mismo viajero. Dicha fábula es de tal dimensión que, a mi juicio, ha opacado la crítica acerva que sólo algunos han hecho del personaje y de su obra.

Consideración final

A manera de conclusión, considero evidente la existencia de una leyenda en torno a Lorenzo Boturini Benaduci, conseja alimentada por sus admiradores, quienes se creyeron el discurso lastimero con el cual el valtellinense dio cuenta de su vida, y por ello insistieron en atribuirle, entre otras cosas, una ascendencia noble, el conocimiento de varias lenguas indias, el dominio del náhuatl, el haber sido un sabio, autor de gran literatura y alto talento, y el primer investigador de las apariciones del Tepeyac, quien habría integrado una colección de antiguallas con más de trecientos códices indios. A pesar de tales aseveraciones, en este trabajo se presentaron las pruebas de que el valtellinense, acaso en un intento por ocultar un origen modesto, se inventó unos vínculos con la nobleza francesa, para lo cual concibió un árbol genealógico y mudó también su nombre de pila, que lo era Lorenzo Francesco Antonio Botterini de la Ecclesia, por el de Lorenzo Boturini Benaduci. De igual manera, quedó claro que el coleccionista sondriense

nunca supo lenguas indias, sino única y medianamente la lengua náhuatl, y que su *Museo histórico indiano* nunca estuvo integrado por más de trescientos códices, sino por un número similar de documentos, entre los que se encontraban algunos códices, además de muchos impresos y manuscritos. Por último, resulta exagerado afirmar que el italiano fue un autor de gran literatura y capacidad, pues algunos de los que difundieron tales paradigmas, también se encargaron de señalar que Boturini había sido un hombre fantasioso, con poca de la agudeza necesaria para comprender la historia indiana y, en síntesis, un escritor mediocre, imposibilitado para aprovechar como historiador el acervo documental que tuvo en sus manos. Es probable que estas últimas apreciaciones sean la razón por la cual se ha reconocido más el trabajo de Lorenzo Francesco Antonio como coleccionista, que como historiador. Sin embargo, muy a pesar de su enredado y algo fantasioso estilo, y de “la bronca y enzarzalada erudición leguleya con que salpica sus páginas”, en los últimos tiempos se comenzó a apreciar la obra de Boturini por haber dado “nuevas orientaciones a los temas de la historia prehispánica”, ya que hizo a un lado “los moldes tradicionales de la hagiografía y la historia anticuarial barroca”, y con ello “contribuyó a sentar las bases de una revolución metodológica en la historiografía novohispana”. Este cambio de paradigma no es otra cosa que el resultado “de haber enmarcado por vez primera el acontecer cultural americano en términos del pensamiento de Juan Bautista Vico, considerado en estos tiempos “como nuevo padre de la filosofía de la historia universal”.

A esta conseja al respecto a la vida y obra de Lorenzo Boturini Benaduci me ha parecido razonable llamarla *Leyenda Boturini*.

Referencias bibliográficas

Antei, Giorgio, *El caballero andante. Vida, obra y desventuras de Lorenzo Boturini Benaduci (1698-1755)*. México, Museo de la Basílica de Guadalupe, 2007.

Aubin, Joseph Marie Alexis, "Notice sur une collection d'antiquités mexicaines (peintures et manuscrits)", en Eugene Boban, *Documents pour servir à l'histoire du Mexique*. Paris, Ernest Leroux, editeur, 1891, vol. II, pp. 513-515.

Ballesteros Gaibrois, Manuel, "Papeles referentes al caballero Lorenzo Boturini Benaduci", *Documentos inéditos para la historia de España*, 1946, Madrid, Imprenta y Editorial Maestre, vol. V, pp. 159-160.

Bayle, Constantino, "El caballero Boturini y la fracasada coronación de la Virgen de Guadalupe de México", en *Estudios eclesiásticos*. Madrid, 1923, vol. II, núm. 6, pp. 183 a 203.

Beristaín y Souza, José Mariano, *Biblioteca hispanoamericana septentrional*, 3ª edición, México: Ediciones Fuente Cultural de México, 1899, vol. I.

Boturini Benaduci, Lorenzo, *Idea de una Nueva Historia General de la América Septentrional*, México: Porrúa, 1974, Colección "Sepan cuántos..." n. 278.

Boturini Benaduci, Lorenzo, *Historia general de la América Septentrional*, México, UNAM, 1992

Brading, David, *La virgen de Guadalupe. Imagen y tradición*. México, Taurus, 2002.

Brasseur de Bourbourg, *Bibliothèque mexico-guatemalienne, précédé d'un coup d'oeil sur les études américaines*, Paris, Maisonneuve, 1871.

Brasseur de Bourbourg, Charles Etienne, *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique centrale durant les siècles antérieurs à Christophe Colomb, écrite sur des documents originaux et entièrement inédites, puisés aux anciennes archives des indigènes, écrit par..., ancien aumônier de la légation de France au Mexique, et administrateur ecclésiastique des indiens de Rabinal, Guatemala*. Paris, Arthus Bertrand, éditeur, 1857, vol. I.

Cabrera Quintero, Cayetano, *Escudo de Armas de México*, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1982.

Callegari, Guido Valeriano, "Boturini Benaduci, Lorenzo", en *Enciclopedia Italiana*. Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana Treccani, 1949, p. 597.

Callegari, Guido Valeriano, "Notas preliminares a Boturini, *Historia General de la América Septentrional*", en *Documentos inéditos para la historia de España*. Madrid, Imprenta y Editorial Maestre, 1949, t. VI, pp. IX-LXVI.

Clavijero, Francisco Javier, *Historia Antigua de México*, edición y prólogo de Mariano Cuevas. México, Porrúa, 1982, Colección "Sepan cuántos..." n. 29.

Cañizares Esguerra, Jorge, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo*. México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México, 6ª edición, México, Porrúa, 1994, pp. 475-476.

Echeverría y Veytia, Mariano Fernández, "Discurso preliminar a la *Historia Antigua de México*", en Moreno Bonett, Margarita, *Nacionalismo Mexicano*, México, UNAM, 2000.

Escamilla, Iván, "Lorenzo Boturini y el entorno social de su empresa historiográfica", en *El caballero Lorenzo Boturini: entre dos mundos y dos historias*, México, Museo de la Basílica de Guadalupe, 2010.

Escamilla, "Lorenzo Boturini, su obra guadalupana inédita", en *Históricas*, Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, n. 75, enero-abril 2006.

Escamilla, "Próvido y proporcionado socorro. Lorenzo Boturini y sus patrocinadores novohispanos", en *Poder civil y catolicismo en México, siglos XVI al XX*, México, UNAM, 2008, pp. 129-149.

Fernández de Echeverría y Veytia, Mariano, "Discurso preliminar a la *Historia Antigua de México*", en García Icazbalceta, Joaquín, *Catálogo de la Colección de manuscritos relativos a la historia de América*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1925, Monografías Bibliográficas Mexicanas, n. 9, p. 242.

Baudot, George, "Las antigüedades mexicanas del padre Díaz de la Vega", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, 1969, vol. VIII.

Flores Salinas, Bertha, "El viajero Lorenzo Boturini Benaduci en la Nueva España", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, abril-junio de 1966, t. XXV, n. 2.

García Granados, Rafael, "Acerca de una inscripción de la Academia de la Historia", en *Filias y fobias, Opúsculos históricos*, México Polis, 1937, pp. 187-206.

Humboldt, Alejandro, *Sitios de las cordilleras de los pueblos indígenas de América*, trad. De Bernardo Giner, Madrid, Imprenta de Gaspar editores, 1878.

Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, estudio y notas de Juan A. Ortega y Medina, México, Porrúa, 1991, Colección "Sepan cuántos...", n. 39.

Icazbalceta, "Don Lorenzo Boturini Benaduci", en *Diccionario Universal de Historia y Geografía de México*, México, Tipografía de Andrade, 1853, vol. IV.

Iguiniz, Juan Bautista, "El éxodo de documentos y libros mexicanos al extranjero", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, jul-sep de 1953, t. XII, n. 3.

Iturriaga de la Fuente, José, "Anecdotario de viajeros extranjeros en México. Siglos XVI-XX", México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

Johanson K., Patrick, "El pensamiento cristiano en el crisol de la lengua náhuatl, en documentos del siglo XVI", *Memorias del coloquio El caballero Lorenzo Boturini: entre dos mundos y dos historias*, México, Museo de la Basílica de Guadalupe, 2010.

León Portilla, Miguel, "Estudio introductorio a Boturini, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*", México, Porrúa, 1974, Colección "Sepan cuántos...", n. 278.

Le Riverend Brusone, Julio, *Ocho historiadores de México en el siglo XVIII*, tesis mecanuscrita, México, El Colegio de México, 1946, s/p.

López, Patricio Antón, "Inventario de los documentos recogidos a don Lorenzo Boturini Benaduci por orden del gobierno virreynal", en *Anales del Museo Nacional de México*, 1925, 4ª época, t. III, n. 1.

López Beltrán, Lauro, "Lorenzo Boturini Benaduci y los testantes indígenas, en *Histórica*, Órgano del Centro de Estudios Guadalupeños A.C., México, Editorial Hombre, 1989, vol. III, n. 6.

Lorenzana y Butrón, Francisco Antonio, *Historia de la Nueva España escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés*, aumentada con otros documentos y notas por..., México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1981, t. I.

Matute, Álvaro, *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976.

Matute, "Lorenzo Boturini", en *Historiografía mexicana. Volumen II. La creación de una imagen propia. La tradición española*, tomo 1: *Historiografía civil*, Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general), México, UNAM-IIIH, 2012, pp. 479-496.

Martínez Baracs, Rodrigo, "Lorenzo Boturini y el mapa de Cholula", en *Memorias del coloquio: El caballero Lorenzo Boturini. Entre dos mundos y dos historias*, México, Museo de la Basílica de Guadalupe, 2010.

Medina, José Toribio, *Biblioteca hispanoamericana (1493-1810)*, Santiago de Chile, Impreso grabado en la casa del autor, 1902, vol. IV.

Mena, Ramón, "La colección arqueológica de Boturini. Ejemplares desconocidos en la Biblioteca Nacional", en *Anales del Museo Nacional de México*. México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1923, 4ª época, t. II, pp. 35-70.

Mercado, Antonio, "Lorenzo Boturini Benaduci, precursor de las coronaciones guadalupanas", en *México Desconocido*, México, edición especial diciembre de 1980, pp. 10-12.

Moreno de los Arcos, Roberto, "La colección Boturini y las fuentes de la obra de Antonio León y Gama", en *Estudios de cultura náhuatl México*, UNAM, 1971, núm. 9, pp. 253 a 271.

Oliva Melgar, José María, *Cataluña y el comercio privilegiado con América en el siglo XVIII: la Real Compañía de Comercio de Barcelona a Indias*, Barcelona, Edicions Universitat Barcelona, 1987, v. I.

Palacios, Juan Enrique, "Los estudios históricos arqueológicos de México. Siglo XVIII. Boturini, Veytia, Gama y Clavijero", en *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, 1929, vol. VIII.

Prescott, William H., *Historia de la conquista de México, anotada por Lucas Alamán y con notas críticas y esclarecimientos de don José Fernando Ramírez*. Nueva edición con prólogo, notas y apéndices por Juan A. Ortega y Medina, México, Porrúa, 1970.

Quadrio, Francesco Saverio, *Dissertazioni critico-storiche intorno a la Rezia di qua dalle Alpi, oggi detta Veltellina*, Milán, 1756, vol. III, diss. V, §. IX, pp. 362-363.

Ramírez, José Fernando, "Cronología de Boturini", en *Anales del Museo Nacional de México*, 1ª época, México Imprenta del Museo Nacional, 1903, t. VII, pp. 167-194.

Riva Palacio, Vicente, "La época virreinal", en *México a través de los siglos*, 17ª edición, México, Cumbre, 1956, t. III.

Sada Lambreton, Ana María, "Don Lorenzo Boturini, precursor de la coronación guadalupana en 1740", en *Histórica*, Órgano del Centro de Estudios Guadalupanos A.C., México, Editorial Hombre, octubre-diciembre de 1994, t. V, n. 8, pp. 44-46.

Sarrablo Aguarales, Eugenio, *El conde de Fuenclara. Embajador y virrey de Nueva España (1687-1752)*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1966, vol. I.

Thiemer-Sachse, Ursula, "El Museo histórico indiano de Lorenzo Boturini Benaduci (1702-1755) y los esfuerzos del erudito alemán Alejandro de Humboldt (1769-1859) para preservar sus restos para una interpretación científica", en *Revista internacional de Estudios Humboldtianos*, vol. IV, núm. 6 (2003), Berlín,

Universität Potsdam und der Alexander-von-Humboldt Forschungsstelle, 2003, vol. IV, núm. 6, pp. 4-22.

Torre Revello, José, "Documentos relativos a D. Lorenzo Boturini Benaduci", en *Boletín del Archivo General de la Nación de México*, México, 1936, t. VII, n. 1, p. 11, enero-marzo, pp. 5-595.

Torres Puga, Gabriel, "El falso sobrino del papa. Un plan contra el obispo de Puebla durante la expulsión de los jesuitas", en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. 65, n. 3, enero-marzo 2016, pp. 987-1043.

Windsor, Justin, *Narrative and critical history of America*, Cambridge, The Riverside Press, 1889, vol. I.